

**H. P. LOVECRAFT**  
**Y OTROS**

**Relatos de los mitos  
de Cthulhu 3**



Alrededor de la figura casi legendaria de Lovecraft, surgieron una serie de autores que explotaron y desarrollaron la terrible mitología evocada por el genio de Providence, dando lugar a uno de los fenómenos literarios más sugestivos e inquietantes de nuestro siglo: LOS MITOS DE CTHULHU. Por primera vez completa en castellano, ésta es la recopilación de LOS MITOS llevada a cabo por August Derleth, colaborador directo y albacea literario de Lovecraft.

## Un último tomo que no puede ser el último

Ambigüedad e inconcreción, a todos los niveles, parecen ser características básicas de la narrativa lovecraftiana, como ya he intentado poner de manifiesto en los prólogos de los dos primeros volúmenes de esta antología.

Nada menos extraño, bien mirado, puesto que lo ambiguo y lo inconcreto tienen un poder desazonador del que carecen los horrores tangibles y clasificables.

Y la ambigüedad e inconcreción internas de los Mitos de Cthulhu se corresponden, lógicamente, con análogas características a nivel *externo*, en el sentido de que resulta prácticamente imposible delimitar la narrativa lovecraftiana dentro de la literatura fantástica en general (incluso se puede decir que trasciende el marco de lo puramente literario), así como llevar a cabo un elenco de todas las obras asociables a los Mitos o de los autores adictos a la temática.

El último relato de este tercer y último tomo, adecuado colofón a nuestra antología, a cargo del erudito y versátil Colin Wilson, expresa con oportuna explicitud el carácter «abierto» de los Mitos, sus nexos con otras formas de narrativa (y de especulación), su deuda con determinados autores —como Poe y Machen—, y, en suma, su básica —y en gran medida deliberada— ambigüedad como fenómeno cultural.

Pues los Mitos de Cthulhu no constituyen sólo —ni siquiera principalmente— una temática más dentro de la na-

rrativa fantástica, y la concreción que parecen conferirle tanto su denominación como sus autores más representativos es totalmente equívoca. Los Mitos expresan las contradicciones, temores e inquietudes de una sociedad que bajo su tosca máscara de racionalismo oculta un rostro tan absurdo y cruel como el de cualquier entidad lovecraftiana; y como expresión del irracionalismo reinante (o regente, si se prefiere), ligada a todo tipo de leyendas, religiones y oscurantismos, los Mitos carecen de una fisonomía definida y de unas fronteras claras: los relatos vinculables al ciclo se cuentan por cientos o por miles, con una gama de tipos y grados de vinculación tan amplia como se desee.

Por tanto, cualquier pretensión de publicar una antología completa o tan siquiera amplia de los Mitos está condenada *a priori* a la parcialidad, por lo que hemos tenido que contentarnos con ofrecer, dentro de una extensión razonable, una de las más representativas y autorizadas de todas las que han visto la luz hasta la fecha, con el propósito de complementarla, en un futuro próximo, con otras obras fundamentales para el conocimiento y la comprensión de uno de los fenómenos culturales más inquietantes y significativos de nuestro tiempo.

CARLO FRABETTI

## EDICIÓN FRÍA

### Ramsey Campbell

(Título original: *Cold Print*)

John Ramsey Campbell, nacido en Liverpool en 1946, estuvo influido desde muy joven por Lovecraft, y si bien situó sus primeros relatos sobre los Mitos en los escenarios clásicos (Arkham), pronto les suministró una ambientación británica (el Valle de Severn, Brichester), fenómeno del que encontraremos más muestras en la presente selección.

En *Edición fría* se alude a una entidad infrecuente, pero no menos terrorífica que sus congéneres: el mudable Y'gonolac.

... Porque ni aun los esbirros de Cthulhu se atreven a hablar de Y'gonolac; sin embargo, llegará el tiempo en que Y'gonolac surgirá de lo soledad de los tiempos inmemoriales y una vez más andará entre los hombres.

Revelaciones de Glaaki, *vol. XII*

Sam Strutt se chupó los dedos y se los secó con el pañuelo; tenía las yemas grises por la nieve del pasamanos de la plataforma del autobús. Luego sacó el libro de la bolsa de plástico que tenía en el asiento de al lado, extrajo el billete de entre sus páginas, lo sujetó contra la tapa para protegerlo de sus dedos y comenzó a leer. Como ocurría a menudo, el cobrador supuso que el billete de Strutt era válido; Strutt no le sacó del error. Fuera, la nieve caía en las calles laterales y se deslizaba bajo las ruedas de los coches que avanzaban cautelosos.

El barro le salpicó y cayó dentro de sus botas al apearse en Brichester Central, y cobijando la bolsa bajo la chaqueta para mayor precaución, apretó el paso hacia el quiosco de periódicos, pisando los copos recién caídos. Los cristales del quiosco no estaban completamente cerrados; la nieve se había filtrado por las ranuras y deslustraba los brillantes libros de bolsillo.

—¡Mire esto! —se quejó Strutt a un joven que estaba junto a él y miraba a la multitud, metiendo el cuello hacia dentro como una tortuga—. ¿No es una asquerosidad? ¡A la gente no le importan estas cosas!

El joven, sin dejar de mirar las caras mojadas que pasaban, asintió abstraído. Strutt se dirigió a otro mostrador del quiosco, donde el dependiente despachaba periódicos.

—¡Oiga! —llamó Strutt.

El dependiente, que estaba contando el cambio para un cliente, le indicó con un gesto que esperase. Por encima de los libros, a través del cristal empañado, Strutt vio que el joven se acercaba a una chica y la abrazaba, y luego le seca-

ba el rostro suavemente con un pañuelo. Strutt miró el periódico del cliente que esperaba el cambio. *Brutal asesinato en las ruinas de una iglesia*, leyó; la noche anterior habían encontrado un cadáver entre las desmoronadas paredes de lo que había sido la iglesia de Lower Brichester; cuando quitaron la nieve de la figura marmórea, descubrieron en el cadáver horribles mutilaciones que parecían... El cliente cogió su periódico y el cambio y se alejó hacia la estación. El dependiente se dirigió a Strutt con una sonrisa:

—Siento haberle hecho esperar.

—No importa —dijo Strutt—. ¿Se da cuenta de que está cayendo nieve encima de los libros? La gente puede querer comprarlos.

—¿Y usted? —replicó el dependiente.

Strutt apretó los labios, y volvió a las ráfagas cargadas de nieve. Tras de sí oyó el sonido del cristal al cerrarse.

Los *Buenos Libros* de The Highway le proporcionaron cobijo; se sacudió el aguanieve y se puso a mirar los lomos. Los títulos corrientes de los estantes mostraban su cara anterior, mientras que otros estaban vueltos de espaldas. Un grupito de chicas se reía con las tarjetas cómicas de Navidad; un hombre sin afeitar fue empujado al interior por una ráfaga de afilados copos y se detuvo, mirando en torno suyo con inquietud. Strutt chascó la lengua; no debería permitirse que los vagabundos entraran en las librerías a ensuciar los libros. Mirando de soslayo para ver si el hombre abría las cubiertas o rompía los lomos, Strutt fue de estantería en estantería sin encontrar lo que buscaba. Charlando con la cajera, no obstante, había un dependiente que le había alabado el *Last Exit to Brooklyn*, cuando vino a comprarlo la semana anterior, y había escuchado pacientemente la lista de las recientes lecturas de Strutt, aunque no pareció reconocer los títulos. Strutt se acercó a él y le preguntó:

—Hola, ¿tiene más libros esta semana?

El hombre le miró desconcertado.

—¿Más...?

—Bueno, libros como éste. —Strutt alzó su bolsa de plástico para mostrarle la cubierta gris de Ultimate Press, cuyo título era *The Caning-Master*, de Hector Q.

—¡Ah, no! Creo que no —se dio un golpecito en el labio—. Espere, ¿Jean Genet?

—¿Quién? Ah, quiere decir *Jannet*. No, gracias, es aburrido como una ostra.

—Bueno, pues lo siento, señor; me temo que no puedo serle útil.

—¡Oh! —Strutt se sintió desairado.

El hombre parecía no reconocerle, o quizá lo aparentaba. Strutt había conocido a otros así que le habían orientado en sus lecturas. Buscó en las estanterías otra vez, pero ninguna cubierta atrajo su mirada. En la puerta se desabrochó la camisa para proteger aún más su libro, y una mano se posó en su brazo. La mugrienta mano se deslizó hasta la suya y tocó la bolsa. Strutt la apartó furioso y se encaró con el vagabundo.

—¡Un momento! —siseó el hombre—. ¿Busca usted más libros de ese género? Yo sé dónde hay.

Esta proximidad ofendía a su estricto sentido de la lectura de libros, y no tenía por qué disimularlo. Arrancó la bolsa de los dedos que la cogían.

—Así que a usted le gustan también, ¿eh?

—¡Oh, sí!, tengo muchos.

Strutt le tendió una trampa.

—¿Cuáles?

—¡Oh!, *Adán y Eva*, *Tómame como quieras*, todas las aventuras de Harrison; ya sabe, hay montones.

Strutt admitió de mala gana que el ofrecimiento del hombre parecía sincero. El dependiente, junto a la caja, les observaba; Strutt miró hacia atrás.

—De acuerdo —dijo—. ¿Dónde está ese lugar del que me habla?



El otro le cogió del brazo y le sacó ansiosamente a la nieve que caía sesgada. Apretándose el cuello del sobretodo, los dos peatones se deslizaron por entre los coches que esperaban a que retirasen un autobús que había patinado. Los limpiaparabrisas aplastaban los copos de nieve en las esquinas de los parabrisas. El hombre tiró de Strutt en medio del concierto de claxons que bramaban y alborotaban, luego pasaron entre dos escaparates desde los que les miraron despectivamente unas chicas que vestían a unas figuras sin cabeza, y descendieron por un callejón. Strutt reconoció la zona, que había explorado minuciosa e inútilmente en busca de librerías apartadas; decepcionantes tienduchas de revistas para hombres, ocasionales vaharadas pungentes de cocinas, coches cubiertos de costras de nieve, calor de tabernas bulliciosas contra el frío. El guía de Strutt se refugió en la entrada de un bar para sacudirse el abrigo; la blanca capa de cristal se quebró y cayó de sus hombros. Strutt se unió a él y ajustó el libro en su bolsa, cobijada debajo de la camisa. Se puso a patear para desprender la costra de sus botas, y dejó de hacerlo cuando el otro siguió su ejemplo: no deseaba establecer relación alguna con el hombre ni aun mediante este gesto trivial. Miró con fastidio a su compañero, su nariz hinchada a través de la cual sorbía ahora un moco, el intermitente inflarse de sus mejillas al soplar las manos temblorosas. Strutt sentía horror a tocar a alguien que no fuese remilgado. Más allá de la puerta, los copos cubrían ya las huellas que ellos habían dejado, y el hombre dijo:

—Tengo una sed espantosa, de tanto andar a este paso.

—Así que éste era el truco, ¿no? —Pero la librería estaba más adelante. Strutt entró en el bar y pidió dos pintas a una camarera colosal y con el pecho erizado de volantes, que navegaba de aquí para allá con vasos y accionaba las espitas con placer. Unos viejos fumaban sus pipas en dudosos compartimentos; una radio transmitía marchas; unos hombres, con la jarra en la mano, hacían puntería con jovial

despreocupación sobre una diana o sobre una escupidera. Strutt se sacudió el abrigo y lo colgó junto a él; el otro siguió con el suyo puesto, y miró su cerveza. Decidido a no hablar, Strutt miró los oscuros espejos que reflejaban gesticulantes tertulias en torno a sucias mesas no directamente visibles. Pero se iba sintiendo gradualmente sorprendido ante la taciturnidad de su compañero de mesa; ¿no era esta gente, pensó, bastante charlatana, de hecho prácticamente imposible de acallar? Resultaba intolerable, esto de permanecer sentado ociosamente en un bar asfixiante de una calle apartada, cuando podía estar paseando o leyendo... debía hacer algo. Se bebió su cerveza de un trago y golpeó con su vaso el de su compañero. El otro se sobresaltó. Luego, visiblemente avergonzado, empezó a sorber, extrañamente nervioso. Por último se hizo evidente que se entretenía con la espuma; dejó el vaso sobre la mesa y se quedó mirándolo.

—Parece que es hora de irnos —dijo Strutt.

El hombre alzó la vista; el temor agrandó sus ojos.

—Demonios, estoy empapado —murmuró—. Ya le llevaré cuando pare la nieve.

—Ése era el truco, ¿no? —gritó Strutt. En los espejos, los ojos le buscaron—. ¡Pues no le voy a invitar a un vaso a cambio de nada! ¡No he venido hasta aquí...!

El hombre se agitó, atrapado.

—De acuerdo, de acuerdo; sólo que a lo mejor no encuentro la tienda con este tiempo.

Strutt encontró esta observación demasiado tonta para hacer ningún comentario. Se levantó, se abrochó el abrigo, salió a la nieve, y miró hacia atrás para asegurarse de que el otro le seguía.

Después de las últimas tiendas, en cuyo interior se veían pirámides de latas con carteles mal rotulados, pasaron una línea de ventanas furtivamente encortinadas, distribuidas en un paisaje monótono de ladrillo rojo; detrás de los cristales, los adornos de Navidad colgaban en guirnaldas. Al

otro lado de la calzada, enmarcada en la ventana de un dormitorio, una mujer de mediana edad corrió las cortinas y ocultó a un menor que tenía junto a su hombro: «Vaya, allá van», dijo Strutt para sus adentros; sabía que podía controlar sin hablar a la figura que iba delante, y efectivamente, no le dijo nada cuando se detuvo temblando, indudablemente de frío, y prosiguió al aparecer tras él Strutt, un par de centímetros más alto que el metro setenta de su mejor constituida persona. Por un instante, mientras el cuerpo nevado caminaba delante por la calle con los copos recortando la figura y cortándole las mejillas como efímeras cuchillas de hielo, Strutt sintió deseos de hablar, hablar de las noches en que permanecía en la cama sin poderse dormir, escuchando a la hija de su patrona cuando le pegaba su padre, en la habitación de arriba, o esforzándose en oír los apagados ruidos de muelles de una cama, quizá de la pareja de abajo. Pero pasó el momento, como barrido por la nieve; el final de la calle se había abierto, bifurcándose, con un refugio de peatones en medio, en dos calles espesamente tapizadas de nieve, una de las cuales se alejaba ocultándose entre las casas, y la otra, más corta, comunicaba con una circunvalación. Ahora Strutt supo dónde estaba. Esa misma semana había visto desde un autobús el letrero de *Mantenga su izquierda* tumbado boca arriba en el refugio de peatones, con su superficie cubierta de pisadas.

Cruzaron la calzada de circunvalación, salvaron los desmoronados bordes de surcos llenos de charcos engañosamente vidriados que se agrupaban detrás de las huellas de un tractor-oruga de unas obras, y siguieron por en medio del blanco torbellino hasta un descampado donde una chimenea solitaria se tragaba la nieve. El guía de Strutt se internó por un callejón y Strutt le siguió, dispuesto a mantenerse cerca de él, mientras se sacudía el polvo de nieve de las pestañas y vacilaba ante la puerta de un patio trasero en la que unos perros arañaban y gruñían. El hombre dio unos pasos a la izquierda, luego otros a la derecha, en el cerrado

laberinto de paredes, entre casas de crueles esquinas, mellados cristales de ventanas y puertas entornadas, a las que ni la nieve, más benévola con los edificios que con sus ocupantes, podía suavizar. Torcieron por última vez, y el hombre avanzó bamboleante por un pavimento junto a los restos de un almacén, cuya fachada se abría vacía para enmarcar un montón de botellas de vino, abandonadas bajo un enorme cartel que anunciaba *Aquí 57 variedades*. Un pedazo de nieve cayó del esqueleto del toldo para ser tragado por el montón de abajo. El hombre movió la cabeza, pero al acercársele Strutt, señaló temerosamente la acera opuesta y dijo:

—Ahí es. Hemos llegado.

Los surcos de barro salpicaron las perneras de Strutt al cruzar corriendo, calculando mentalmente que, mientras el hombre había tratado de desorientarle, él había deducido que la calle principal se encontraba a unos quinientos metros; luego leyó el cartel de la tienda: *Libros Americanos. Compra-venta*. Tocó una reja que protegía un tragaluz opaco por debajo del nivel de la calle, notó una herrumbre mojada y deshecha bajo sus uñas, y contempló lo que el escaparate exhibía ante él: *History of the Rod* —libro que encontraba monótono—, arrimado entre novelas de Aldiss, Tubb y Harrison, que se ocultaban vergonzosamente detrás de otras tapas espeluznantes: *Le Sadisme au Cinema*; el *Voyeur* de Robbe-Grillet parecía insensible; *The Naked Lunch*... nada merecía el haber venido hasta aquí, pensó Strutt. «Bueno, es hora de que entremos»; instó al hombre a entrar, y con una mirada a los corroídos ladrillos rojos de la ventana del primer piso, que tenía un espejo de tocador contra ella, en sustitución del cristal que le faltaba, entró también. El otro se había detenido otra vez, y durante un desagradable segundo los dedos de Strutt rozaron el mohoso abrigo del hombre.

—Vamos, ¿dónde están los libros? —preguntó ya en la tienda.

La amarillenta luz del día se hacía más lóbrega debido al escaparate y a las revistas que colgaban delante del cristal de la puerta; el polvo flotaba perezosamente en los rayos de luz extraviados. Strutt se inclinó a leer los títulos de los libros de bolsillo metidos en cajas de cartón que había sobre la mesa; pero las cajas no contenían más que novelas del Oeste, fantásticas y eróticas, y se vendían a mitad de precio. Haciendo una mueca ante los libros que alzaban sus esquinas como pétalos florecientes, Strutt cruzó por delante de los volúmenes encuadernados y se asomó a la parte de atrás del mostrador, ligeramente preocupado; antes, al cerrar la puerta bajo su muda campanilla, le había parecido oír un grito allí cerca, súbitamente interrumpido. Desde luego, en estos sitios se oían cosas así continuamente, pensó, y se volvió hacia el otro.

—¿No atiende nadie aquí?

Con ojos muy abiertos, el hombre miró por encima del hombro de Strutt; Strutt se volvió y vio el cristal esmerilado de una puerta, con uno de sus ángulos reparado con un trozo de cartón, negro contra una débil luz amarillenta que se filtraba por el cristal. La oficina del librero, seguramente... ¿habría oído éste la observación de Strutt? Strutt se dirigió a la puerta, dispuesto a importunar. Entonces el hombre, movido de un impulso, buscó atribuladamente detrás del mostrador, abrió un estante de puertas de cristal, lleno de libros con oscuras sobrecubiertas, y extrajo finalmente un paquete envuelto en papel gris de un escondite que había en un rincón de una de las baldas. Se lo arrojó a Strutt, murmurando:

—Éste es uno, éste es uno —y se quedó mirando, con un súbito temblor de piel debajo de los ojos, mientras Strutt rompía la envoltura.

—*La vida secreta de Wacford Squeers*. ¡Ah!, me gusta —aprobó Strutt, olvidándose momentáneamente de lo demás y echando mano de su cartera; pero los dedos mugrientos sujetaron su muñeca.

—Páguelo la próxima vez —suplicó el hombre.

Strutt vaciló; ¿podía marcharse con el libro sin pagar? En ese momento se agitó una sombra en el cristal esmerilado: un hombre sin cabeza arrastraba algo pesado. Sin duda aparecía decapitado por el cristal y por su postura inclinada, concluyó Strutt; luego se dio cuenta de que el tendero debía de mantener contacto con Ultimate Press; convenía entonces no perjudicar este contacto robando un libro. Apartó los dedos frenéticos y contó dos libras; pero el otro retrocedió, extendiendo sus dedos con gran temor, a situarse contra la puerta de la oficina —de cuyo cristal había desaparecido la silueta—, casi cayendo antes en brazos de Strutt. Strutt lo rechazó y dejó los billetes en el hueco que había dejado el *Wacford Squeers*, y luego se volvió hacia él:

—¿No va a envolvermelo? No; bien pensado, lo haré yo mismo.

El rollo del mostrador hizo un ruido sordo liberando una banda de papel marrón; Strutt cortó un trozo no descolorido. Al envolver el libro, mientras apartaba con los pies el trozo desechado, algo cayó al suelo. El otro se había retirado hacia la puerta de la calle con tal torpeza que un botón de la bocamanga que llevaba colgando se había enganchado en el borde de una caja llena de libros; se quedó helado ante los libros esparcidos, con la boca y las manos abiertas de asombro, un pie encima de una novela abierta como una polilla aplastada, y las partículas de polvo flotando a su alrededor en los rayos de luz moteada por la nieve que caía como cribada. Sonó el clic de una cerradura. Strutt dio un respingo, ató el paquete y rodeando al hombre con disgusto, abrió la puerta. El frío atacó sus piernas. Empezó a subir los peldaños y el otro se apresuró a seguirle. El pie del hombre estaba en el umbral, cuando unos pasos pesados avanzaron por el entarimado. El hombre giró rápidamente sobre sus talones y volvió a entrar; detrás de Strutt la puerta se cerró de golpe. Strutt aguardó; luego se le ocurrió

que podía marcharse apresuradamente y desembarazarse de su guía. Salió a la calle y una brisa fría le picoteó las mejillas limpiándole el polvo rancio de la tienda. Volvió el rostro, pisó la costra de nieve del titular de un periódico mojado, y se encaminó hacia la calle principal, que sabía que pasaba cerca.

Strutt se despertó temblando. El letrero de neón de la ventana de su apartamento, un *cliché* implacable como un dolor de muelas, se recortaba deslumbrante contra la noche cada cinco segundos, y por esto, y por los dardos de frío, supo Strutt que era de madrugada. Cerró los ojos otra vez, pero aunque tenía los párpados febriles y pesados, su mente no descansaba. Más allá de los límites de su memoria, acechaba el sueño que le había despertado; se removió inquieto. Por alguna razón pensó en el pasaje de la lectura de la noche anterior: «Cuando Adán llegó a la puerta sintió la mano de Eva que le cogía la suya y le retorció el brazo por la espalda, obligándole a caer en el suelo...». Sus ojos se abrieron y miraron hacia la estantería de los libros para cerciorarse: sí, allí estaba el libro, seguro dentro de sus cubiertas, cuidadosamente alineado entre sus compañeros. Recordó que al volver a casa encontró una tarde *Miss Whipple, Institutriz de Old Style* metida dentro de *Prefects and Fags*; la patrona le había explicado que debió de ser ella que había colocado mal los libros después de limpiar el polvo, pero Strutt sabía que los había alterado a propósito. Strutt había comprado una estantería con cerradura, y cuando ella le pidió la llave, le había contestado: «Gracias, yo los limpiaré». Hoy en día no se podían tener amigos. Cerró los ojos otra vez; la habitación y la estantería de libros, creadas cada cinco segundos por el neón y destruidas con igual regularidad, llenaban su vacío, recordándole que aún le quedaban algunas semanas, antes de empezar el siguiente trimestre, en que afrontaría la primera clase de la mañana y añadiría «ahora ya me conocéis» a su habitual in-